

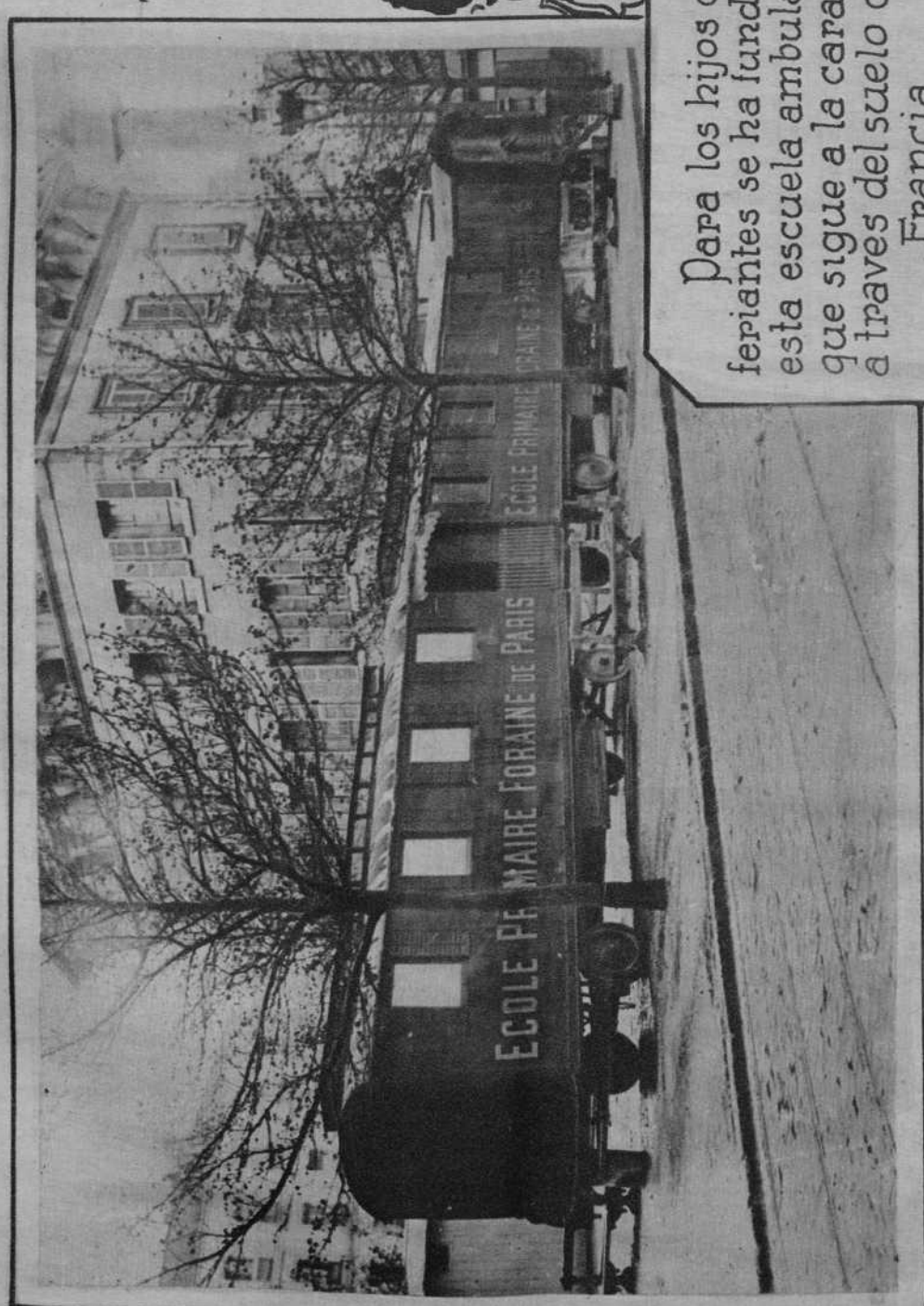
Número  
108

PAGINAS  
**EXTRAORDINARIAS**  
DE  
**El Dia Gráfico**

Mayo  
6 ~ 1928



Las grandes obras de Goya.  
Retrato del Dr. Peiral, de la Galería Nacional de Londres



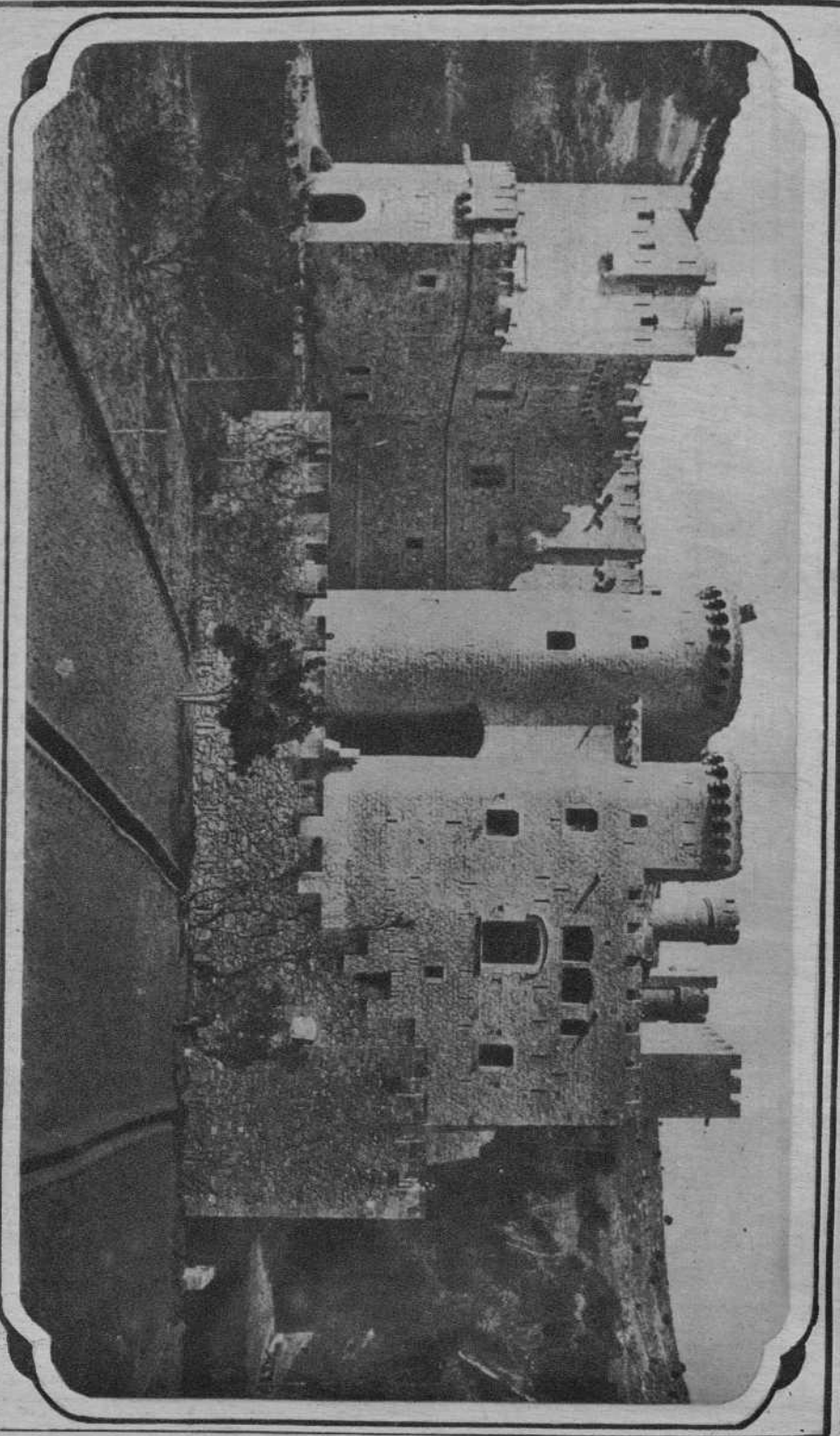
Para los hijos de los  
sepiantes se ha fundado  
esta escuela ambulante  
que sigue a la carabana  
a través del suelo de  
Francia

Los coches-escuela

Fotoa Comarcie

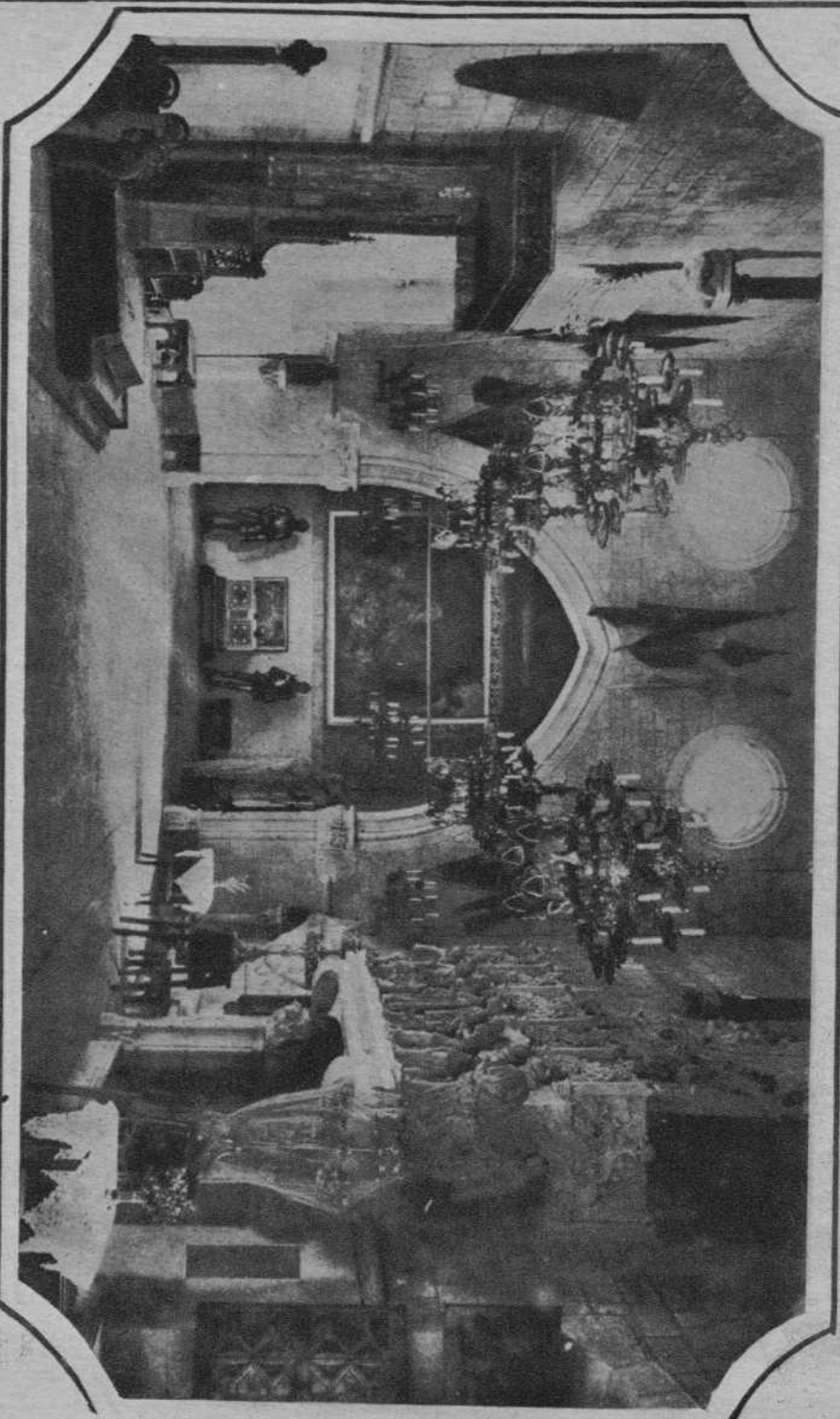


Interior del vehículo docente.

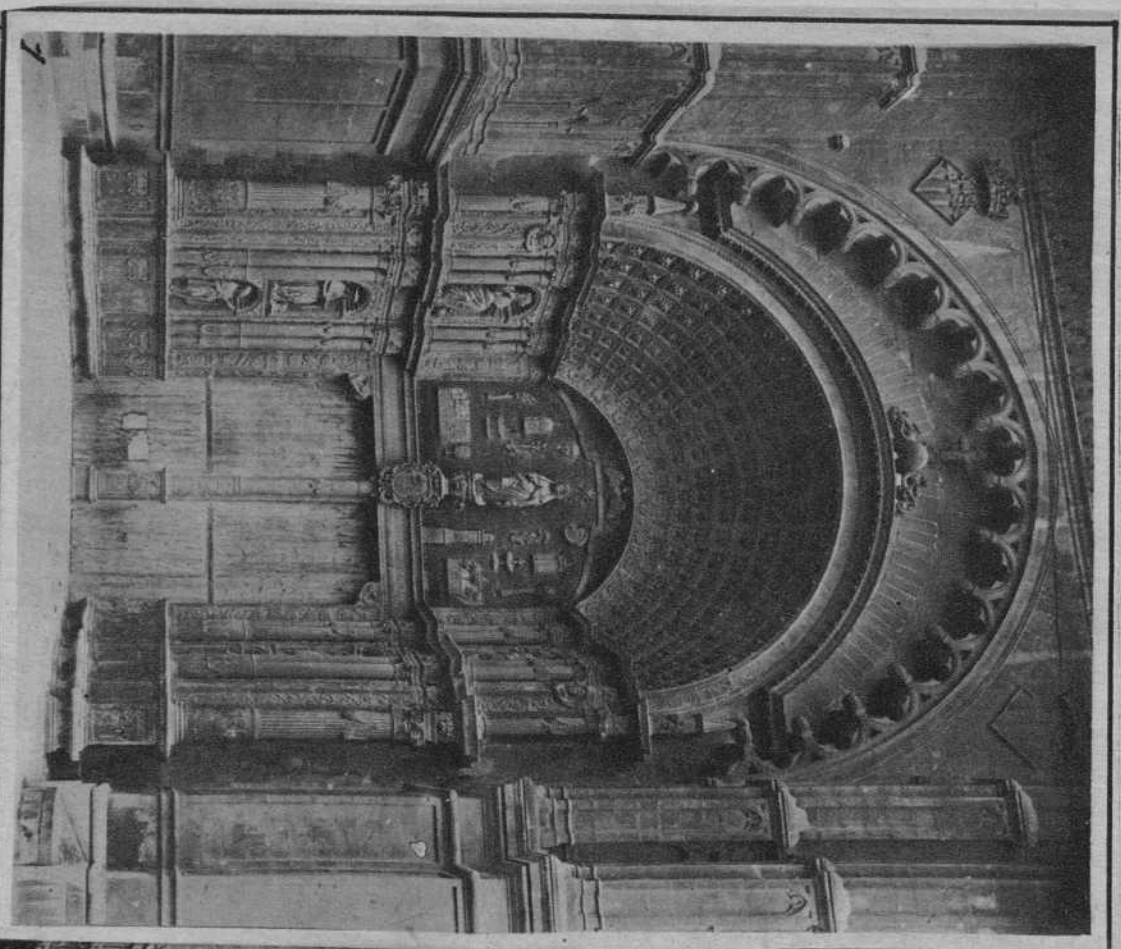


EL CASTILLO DE SANTA FLORENTINA, DE CANET DE MAR, REVIVE AÑEJOS ESPLENDORES GRACIAS A UNA SABIA Y RESPETUOSA RESTAURACION.

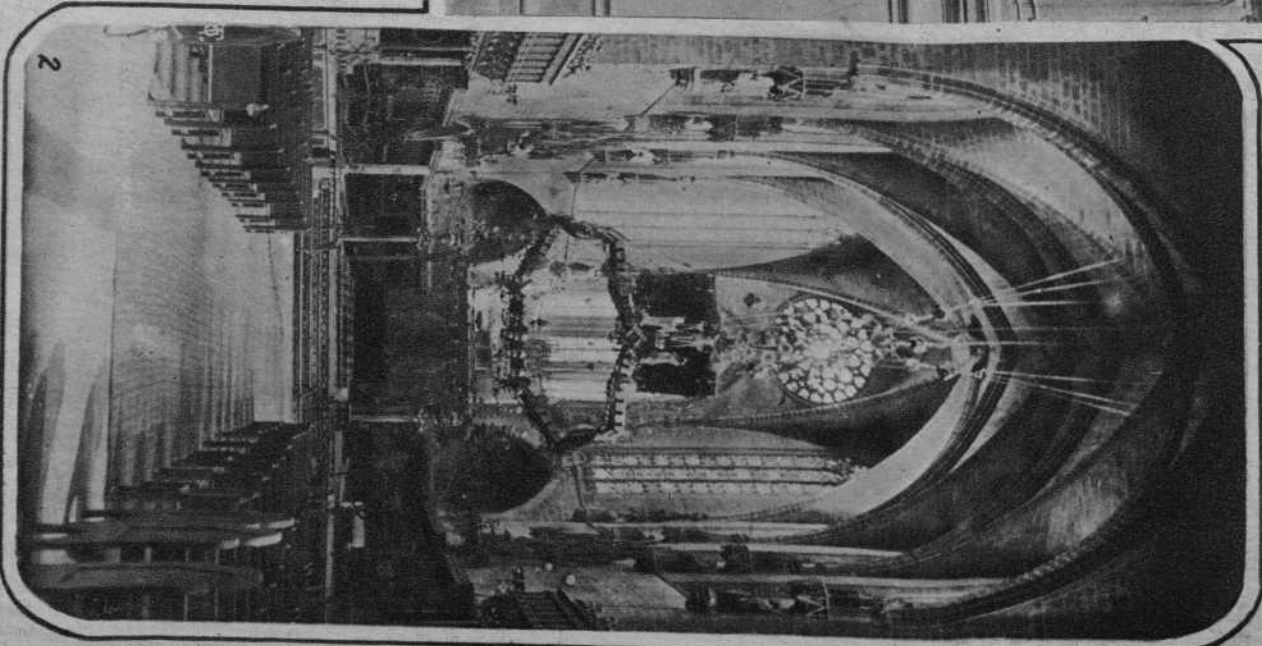
El exterior del castillo.



El salón del trono.



La Catedral de Palma de Mallorca



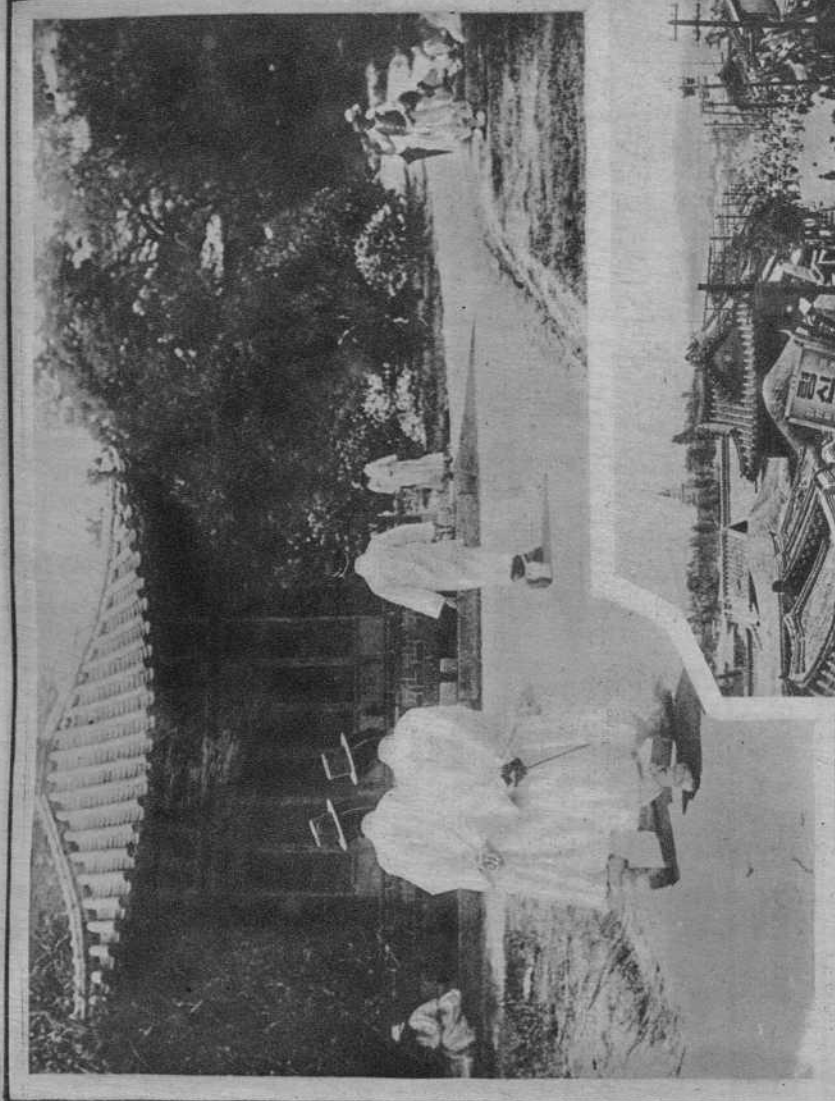
1-La puerta principal.

2- El coro

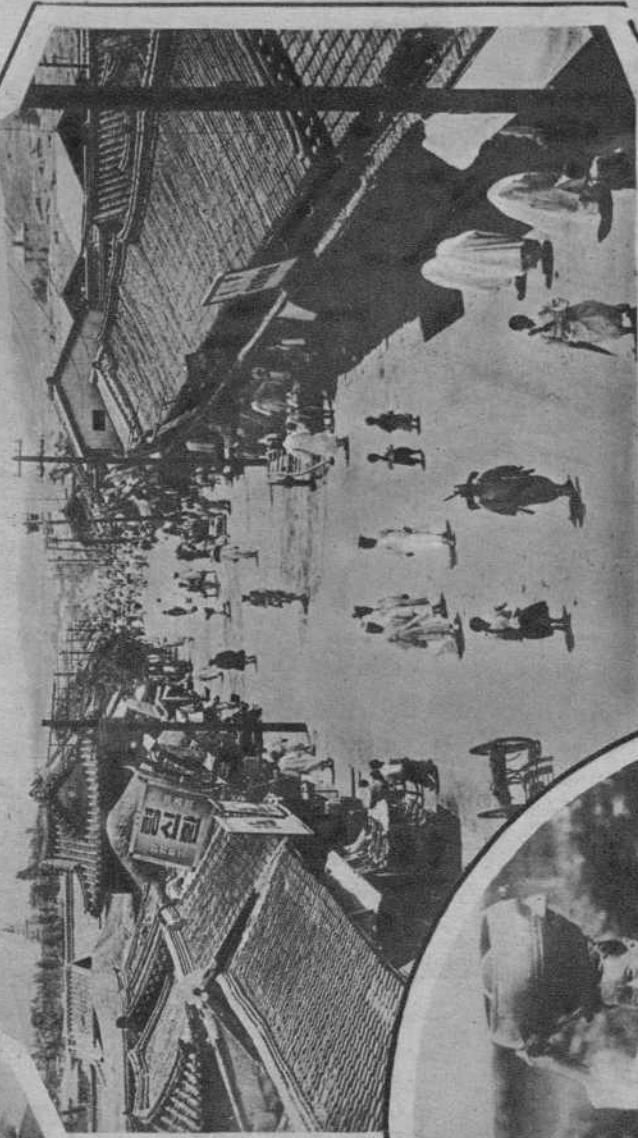
3-La gran nave principal.



Corea, pintoresca y exótica, constituye, por sus costumbres, un vivo contraste con la civilización occidental.



El parque del príncipe, en Seúl, convertido en paseo público.



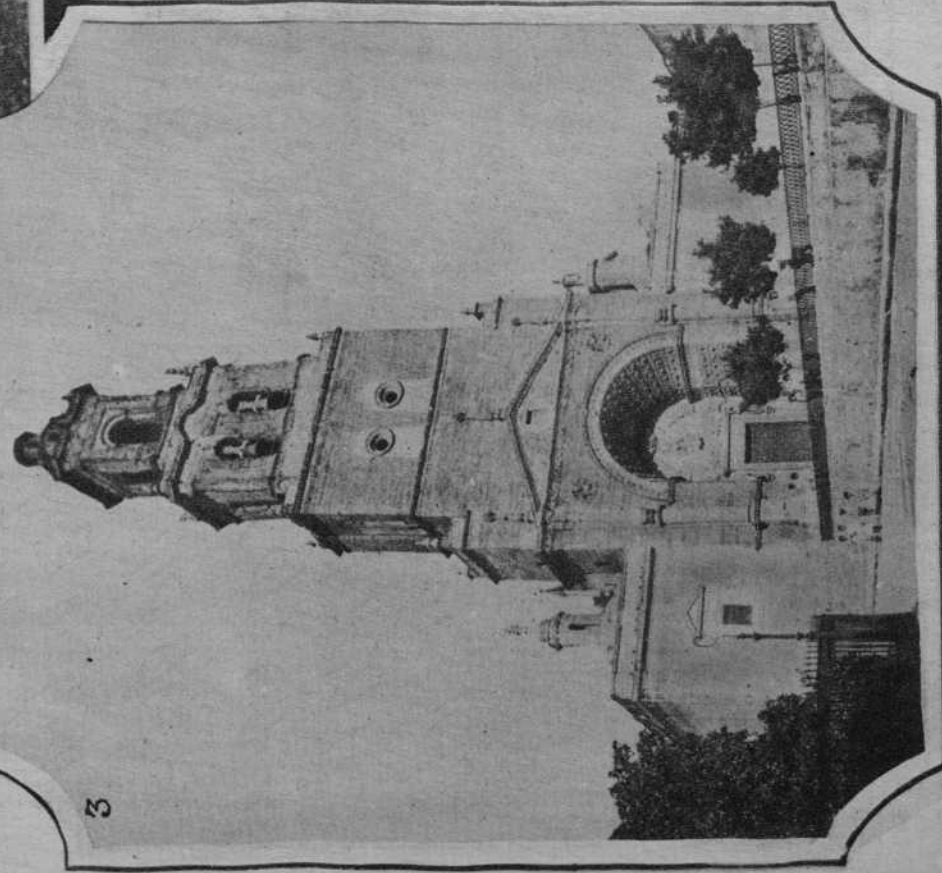
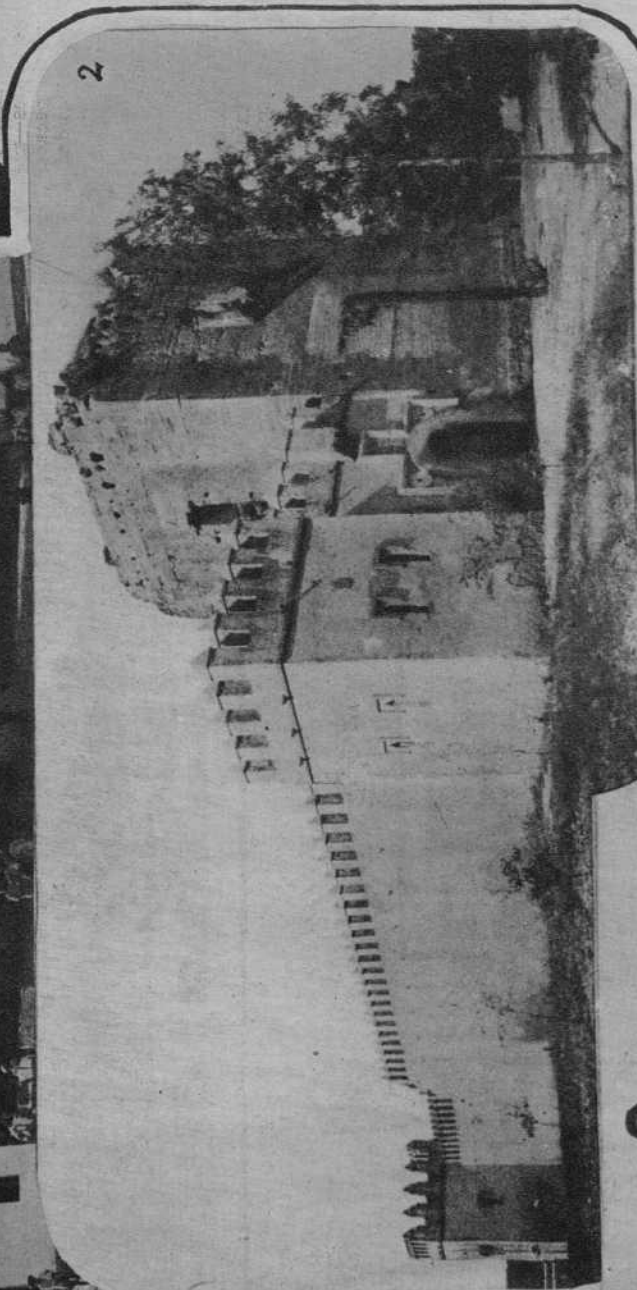
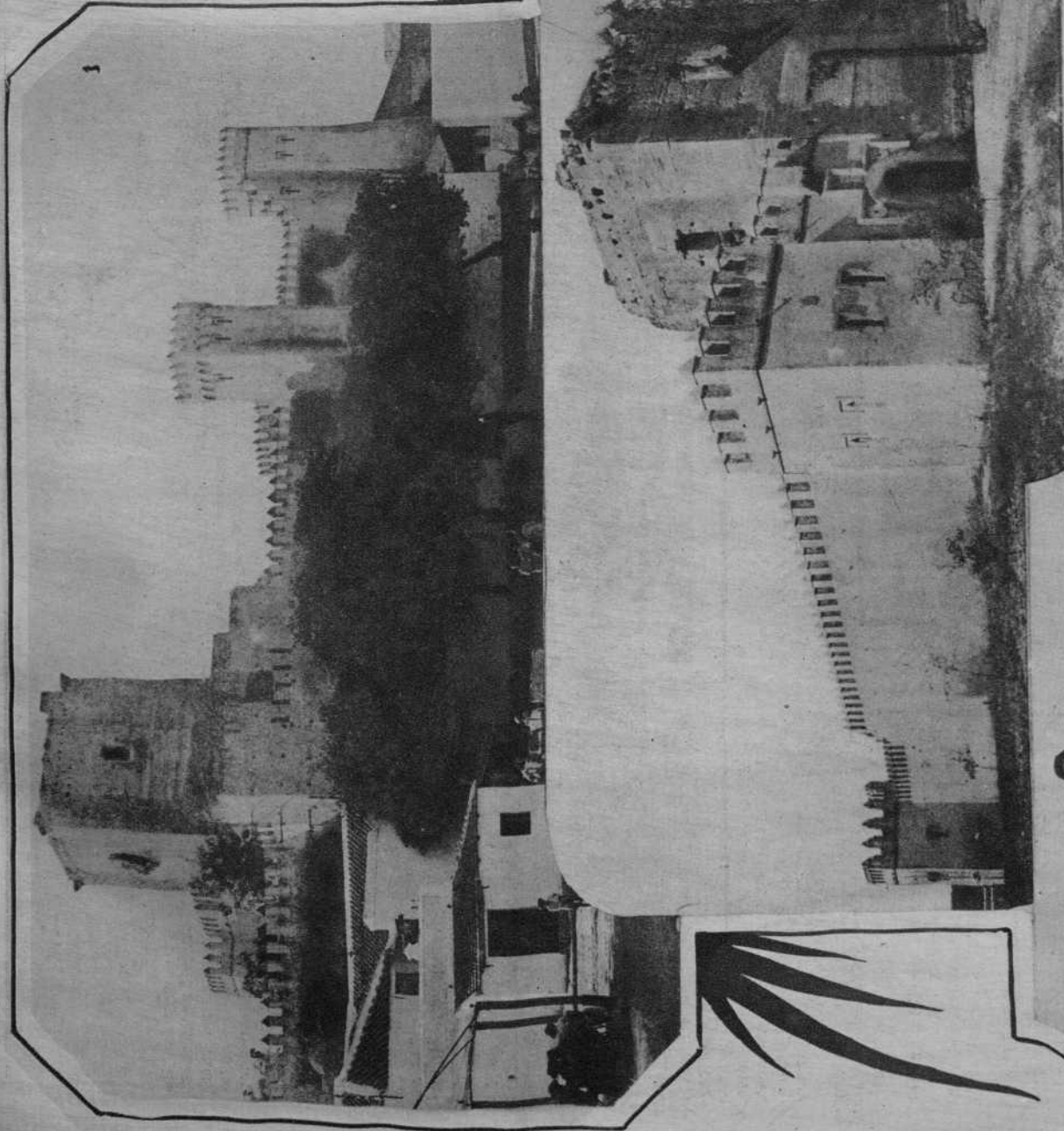
La calle principal de Haiseng.



La fuente pública.

La curiosa arquitectura coreana.

(Foto Comarín)



Utrera, la vieja, es un encanto para el turista y un libro abierto para el historiador. Sus muros hablan al visitante, de pasadas gestas.

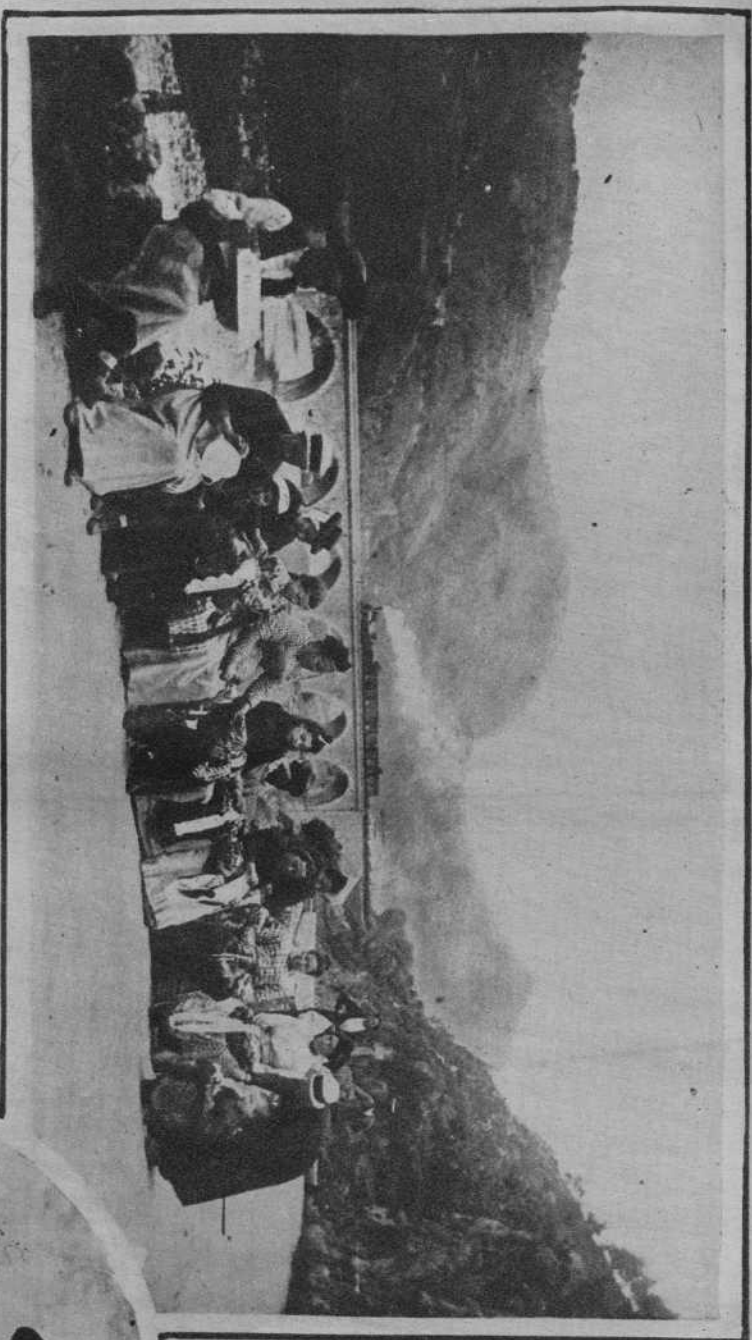
- 1º El castillo.
- 2º Los paredones del castillo.
- 3º La iglesia, original y altaiva, de Santa María.



*Gentil encajera, en C'roponne.*



*Encajeras de Auvernia.*

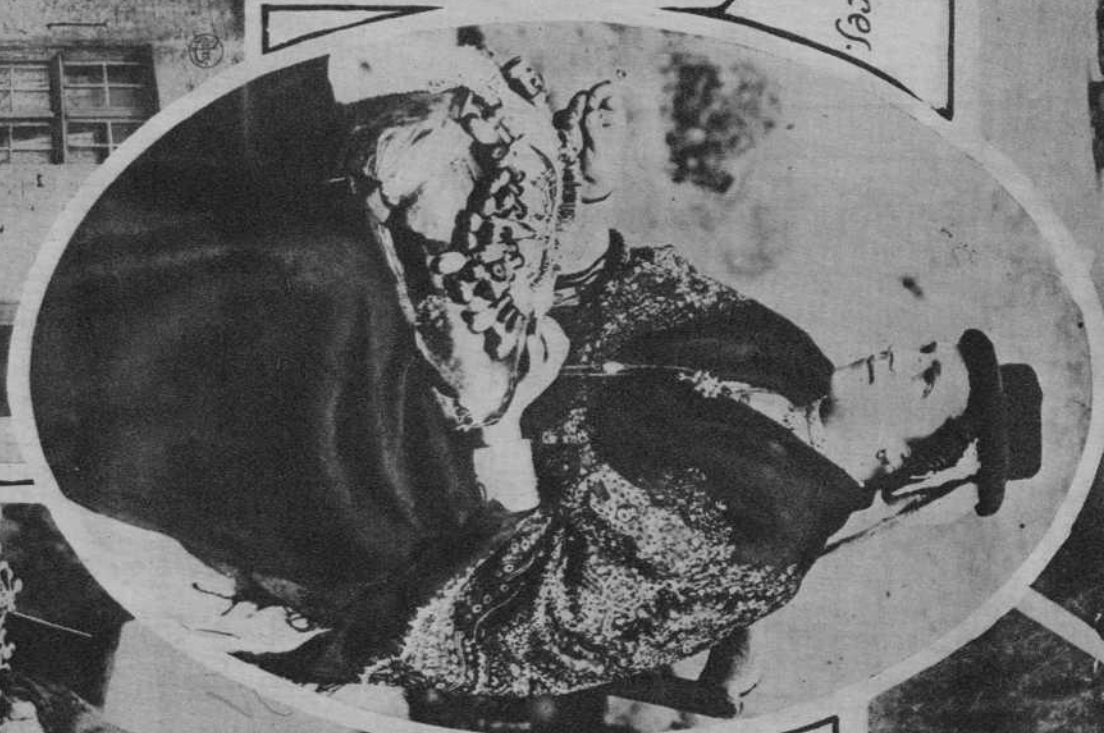
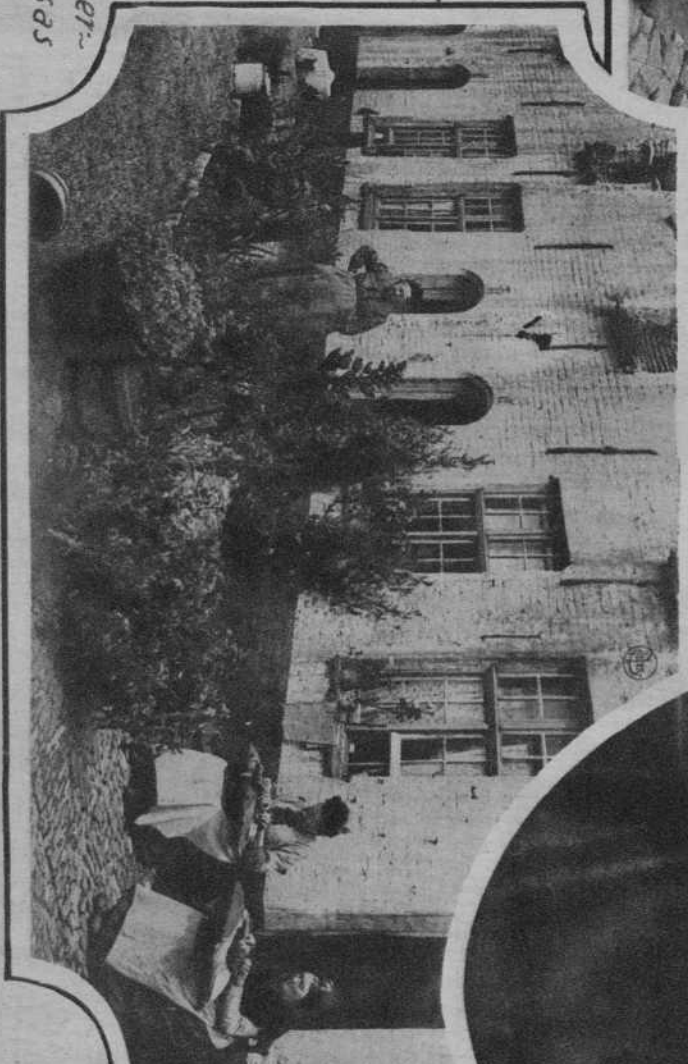


*Los tipicos corros de encajeras en un pueblo frances.*



*Grupo de encajeras flamencas*

*Grupo de encajeras belgas a la puerta de sus casas*



*Una encajera tipica del Puy*



*Las encajeras francesas de la meseta central*



*Una vieja encajera de Brujas.*

*La industria manual del encaje en Bélgica y en Francia.*

*(F. & S. Comarck)*



# PAGINAS INFANTILES

## HISTORIA NATURAL

### EL CASTOR

—000—

Este interesante animal, se distingue fácilmente de todos los demás roedores descritos, por su cola plana, ovalada y escamosa y sus pies posteriores palmados, que le acreditan de experto nadador. Forma una familia aparte que contiene un solo género con dos especies, el «castor europeo» y el «castor americano».

El primero vive en Norte y Centro de Europa, pero hoy día es ya más raro, y el segundo pertenece a la fauna del Canadá y Estados Unidos.

Aunque de carácter semejante, sus costumbres difieren enormemente. El castor europeo construye sus madrigueras a orillas del agua, mientras que el castor americano fabrica esas famosas cabajas o nidos tantas veces descritas por los sabios naturalistas.

Los grandes árboles de los numerosos bosques americanos, especialmente los álamos blancos, proporcionan al castor el material necesario para la construcción de sus viviendas y el alimento indispensable para comer.

Los castores tienen por costumbre roer

ros de viaje, iba tambaleándose aquella fogosa decisión que lo puso en camino.

Veinte horas más tarde, próximo al término de su viaje, Timoteo se sorprendió horrorizado, pidiendo «in mente», una angina de pecho o un descarrilamiento, algo en fin, que lo eximiera de aquel terrible compromiso.

La Providencia acude a veces al llamamiento de los desesperados. El coche donde viajaba Timoteo, descarriló. Cayó dando tumbos por un terraplén. A Timoteo lo trajeron medio muerto.

Pero Timoteo sonreía enigmáticamente feliz. Sonreía en la camilla, en la sala de operaciones. A cada sintoma de gravedad que percibía en sí mismo, la sonrisa de Timoteo se hacía más luminosa, más expresiva de un íntimo contento.

Cuando los médicos lo desahucaron, Timoteo reunió a sus familiares en torno del lecho del Hospital. Y serenamente, con una firmeza de que se creía incapaz, expresó su deseo de casarse, su voluntad inquebrantable de «no irse» sin cumplir cabalmente su palabra.

Puso tal empeño en aquel deseo formulado desde el dintel de la muerte, que no hubo más remedio que acceder a él.

Y Timoteo Pérez se casó «in artículo mortis».

Sereno, correcto, acabada la ceremonia, desde el lecho, fué estrechando, sonriente, las manos trémulas de los circustantes. Bebió a la novia en el rostro lloroso, inició con la diestra un gesto vago de despedida y con aquella sonrisa inefable que no lo abandonaba, tranquilo, feliz, aisló comprendió el viaje sin retorno, su «viaje de novios».

ALEJANDRO L. GALINDO

Barcelona, marzo 928.

la base del tronco en todo su contorno, hasta darle la forma de un reloj de arena, y a la menor ráfaga de viento, se viene el árbol abajo. Cuando llevan derribados unos cuantos, estos infatigables e inteligentes animales, cortan las ramas, las llevan al agua y las empujan nadando hasta el sitio que han destinado para formar su cabaña, que levantan siempre a orillas de algún riachuelo, con ramas, raíces y barro, y cubiertas de palos, algunos de los cuales miden hasta siete metros de longitud, siendo su aspecto el de un informe montón de ramas como de un metro de altura por tres de diámetro. Lo curioso y admirable de estas construcciones, es que la cúpula de ellas, como ventilador hay un orificio que sólo es visible cuando la nieve cubre la choza y el aliento de sus moradores buscando salida deja abierto como un pequeño cráter con un billito de vapor.

Interiormente, la cabaña es lo bastante espaciosa para albergar toda una familia de estos maravillosos roedores, a quienes algunos naturalistas califican, merecidamente, de hábiles arquitectos.

Lo de que el castor emplea su cola a guisa de llana para alisar y afirmar el piso de su conducta, quiso salir del paso con una broma.

—Oiga, amigo—dijo a su compañero—¿qué le dijo el oso cuando le habló al oído?

—Me dijo—replicó el otro—que nunca se debe fiar de los botarates. Al oírlo, cualquiera hubiera creído que yo era un miedoso y usted un valiente. Los hechos han demostrado lo contrario.

Efectivamente, muchas veces sucede que cuando llega la hora del peligro, los bravucones son los más flojos. El valor debe mostrarse en hechos y no en palabras.

—No sea miedoso, amigo—exclamó el otro.—Suponiendo que nos atacaran, nos quedaremos los dos juntos y nos portaremos como dos hombres. Yo tengo mucho valor y mucha fuerza y...

—Cuidado—gritó el primero al oír un fuerte gruñido cerca de ellos.

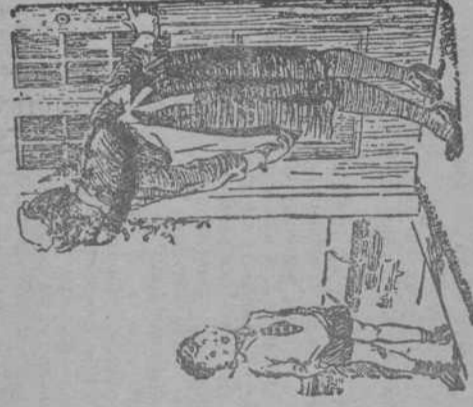
En un instante, el que se las daba de valiente y que era sólo muy ágil, trepó a un árbol con la misma facilidad que lo habría hecho un mono, dejando a su amigo, que era más pesado, que hiciera frente solo al enemigo.

Este tuvo suficiente presencia de ánimo para ver que le era imposible huir, ni tratar de ocultarse, y se acostó en el suelo, haciéndose el muerto.

De entre la maleza apareció un enorme oso que se acercó rápidamente al hombre acostado, mientras su compañero permanecía temblando arriba del árbol.

Es de suponer lo desagradable de la situación del primero al ver que el oso se acercaba a él y le olfateaba. El animal, creyéndolo muerto, se retiró sin hacerle nada.

Cuando el segundo vio que había pasado el peligro bajo del árbol y, avergonzado de



El pequeño Billy.—¿Quiere usted decir a la señora Juana si Teddy va a venir a la docena conmigo? Pero si ve usted a Teddy primero dígame que vamos a buscar nidos.

madre y prohibidos ahora con la amenaza.

—¡No hagas eso! Mira que te pegará papá!

Le miraban como a algo raro, desacomunado; como a un papá que no era como el papá de sus amiguitos, que llegaba para coartarles la libertad y sumirlos en un profundo estado meditativo y medroso. Le miraban como el propio viajante los miraba, a su vez. ¡Aquellos eran sus hijos!

¡Es verdad! El tenía una casa, una mujer, unos hijos.

Pero se diría que no tenía nada.

Los seis días que estuvo en su casa, se los pasó remirándolo todo. A cada paso, la mujer, como un cicerone, había de explicarle las cosas:

—Sí, hombre, la jabonera que me compraste siendo novios.

—La mecedora que nos regalaron las de Méndez, cuando nos casamos.

—¿Este vestido? Uno tuyo que ya estaba viejo y lo hice para los niños. ¡Ha quedado bien, verdad?

¡Ay, era todo tan extraño, tan ajeno!

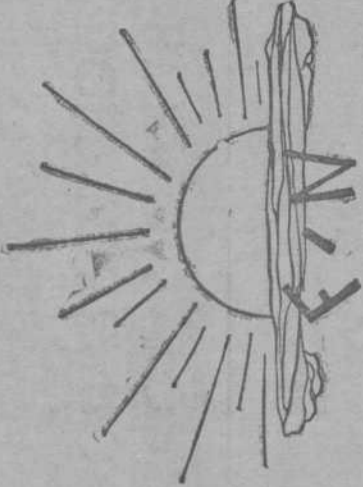
Se encontraba en su casa como un huésped, como un loco que ha perdido la memoria, con el entendimiento, y le tienen que ir recordando los pasajes anteriores de su existencia. Se hallaba en su casa como un ser extraño, distinto de él de todos los días.

Algunas veces pensaba que su hogar ejercía sobre él un influjo melífico, una especie de «mal de ojos», que le hacía apreciar las cosas muy distintamente de como las apreciaba en viaje.

Hasta a sí mismo se ballaba diferente. La «mirra jovial» que le caracterizaba, la animosa actividad que desplega en el negocio, su verborrea capciosa frente al cliente a convencer, su galantería proverbial con las dueñas de algunas tiendas a las que vendía géneros; aquella costumbre suya de jugar al dominó o al julepe, de guardarse en el bolsillo maquinalmente el terrón de azúcar sobrante... Es decir, cuanto era su propia vida de siempre, de todos los días, de todas las ciudades, bajo cualquier cielo, se derrumbaba al llegar a su hogar.

Mustiábase como una flor en un búcaro sin agua; notaba cierto entorpecimiento en sus actividades, cierta laxitud agobiadora que le volvía vago y pereoso; apenas desplegab sus labios, sin para inquirir, y las palabras, en vez de tomar aquel acento envolvente y musical, sonaban apagadas, como si saliesen arrastradas de las cuerdas vocales; no sé le ocurría para su mujer ni el más pequeño pipopo, ni la más forzada de las galanterías. Echaba de menos el julepe y el dominó, y el terrón de azúcar. Y cuando acababa de comer, muchas veces se había detenido al notar que, siguiendo su costumbre, iba a guardarse los

Ya en el tren respiró con satisfacción. El silbido de la locomotora le pareció un hermoso canto de libertad y, al mismo tiempo, la señal convenida por algún mago ignorado para deshipnotizarle, para hacerle despertar de aquella pesadilla extraña y anudadora.



EN EL PROXIMO EXTRAORDINARIO POR RAMON GOMEZ DE LA SERNA

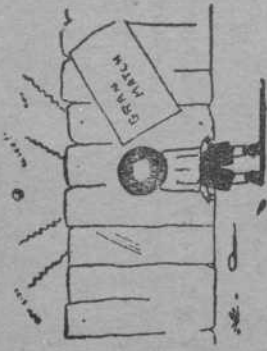
LA ESPALDA



### El por qué de las cosas

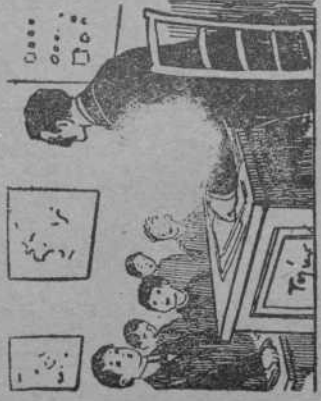
#### ¿QUIEN FUE EL INVENTOR DEL SOBRE?

El sobre es una hoja de papel dispuesta mecánicamente en forma de cartera y destinada, principalmente, a encerrar alguna comunicación de carácter más o menos reservado. Responde a una necesidad sentida en todas partes desde remotos tiempos en la vida de relación conservar el secreto de la correspondencia, que el sentimiento humano considera inviolable. No es propiamente una invención industrial. Las noticias históricas acerca de la especialidad son muy escasas y lacónicas. Consistieron los primeros en un pedazo de papel cuadrado o cuadrilongo, mayor que la carta o pliego doblado; éste se colocaba en medio del so-



—El ser jirafa debe tener sus ventajas!

bre, cuyos ángulos describían la forma de rombo, que envolvía en el escrito, y estas extremidades se pegaban con obres. En los archivos departamentales de las Bocas del Ródano, se conserva un documento fechado en 1668, cuyo ejemplar tiene el sobre en que fue envuelto en su punto de origen. De Inglaterra se sabe que un comerciante de papel, llamado Brewer, establecido en Brighton, dio al comercio, en 1820, un tipo de sobre de la forma actual, cortado a mano sobre un patrón de hojalata, en cuya fabricación ocupaba unos doce operarios; el negocio fué próspero. Inglaterra es la primera nación donde se creó el tipo de sobre actual, hasta que en 1854 el francés Bioque construyó la primera máquina a pedal para elaborar sobres, gracias a cuyo progreso la producción tomó categoría de ramo universal.



—¿Cuáles son los elementos?  
—Aire, tierra, agua... y...  
—Te olvidas el que más desgracias causa.  
—El automóvil.



—No se debe decir nunca lo que no sea verdad, hija mía.  
—Y cuando vienen a preguntar por tí mandas decir que no estás en casa.  
—Mira... vete a jugar, Manolita.

#### ¿POR QUE SE CUENTAN LOS AÑOS DE MAYOR A MENOR ANTES DE NUESTRA ERA, Y DE MENOR A MAYOR DESPUES DE ELA?

La voz Era significa punto fijo y fecha determinada de un suceso desde el cual se empieza a contar los años. Sirve para los cómputos cronológicos. La Era común, cristiana o de Cristo, es el cómputo de tiempo que empieza a contarse por años desde el nacimiento de Jesús. Es la que está actualmente en uso en todas las naciones cristianas y un medio para fijar con cierta claridad la historia del mundo.

Establecida la fecha del nacimiento de Cristo fijanse, dos grandes períodos, mejor dicho, dos grandes edades con cuyo arbitrio puede guiarse a través de la espesa urdimbre de hechos de la humanidad. Así, pues, se comienza a contar la historia, por medio de la Era cristiana partiendo del año primero desde el nacimiento de Jesús, a nuestros días y desde el nacimiento de Jesús remontándose hasta los más alejados en el tiempo. Es lógico que, desde este punto de partida, exista una especie de corres-

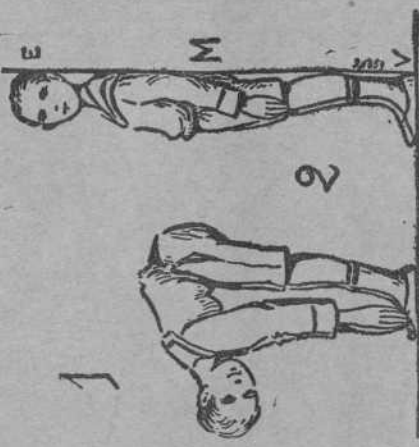


—Te había prometido una moto si salías bien de los exámenes, y te han suspendido.  
—¿Qué has hecho durante el curso?  
—He aprendido a ir en moto, papá.

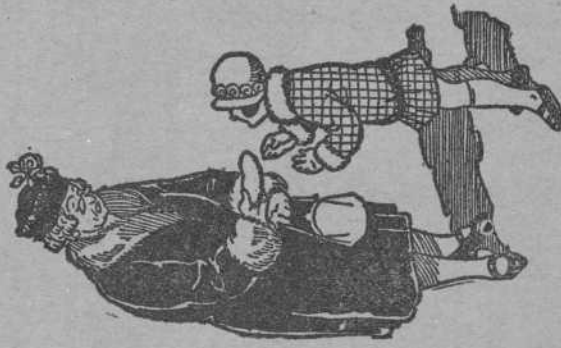
pondencia cronológica, artificial o convencional, como se quiera, pero de un cierto valor práctico.

Remontándose desde el año del nacimiento de Jesús hasta el año 754 antes de esta fecha, se ballará el de la fundación de Ro-

ma. Los astrónomos denotan el año que precedió al primero de nuestra Era por cero; pero los cronólogos, de acuerdo el común sentir, designan el año anterior al de la Era por uno antes de Jesucristo, el anterior por dos, y así sucesivamente, alejándose en lo pretérito, señalan las fechas de los grandes acontecimientos históricos.



Todos vosotros podéis hacer fácilmente el ejercicio que indica la figura 1. Pero apoyad vuestra espalda en un muro (M), con los pies pegados al mismo y probad de realizarlo. No lo conseguiréis.



—¿Cómo no me has dado las gracias por el regalo que te envié, Julita?  
—Es que mamá dice que no vale la pena...

#### EL PENSAMIENTO O LA FLOR DE LA TRINIDAD

Casi todas las flores tienen una leyenda propia. Cuentan que el pensamiento tenía un perfume tan suave y delicado como el de su hermana la violeta, y crecía en los campos sembrados de trigo. Era tan buscado por su perfume y su colorido que la gente pisoteaba los trigales, a tal punto, que cuando llegaba la época de la cosecha ésta resultaba, por lo general, muy mala.

El pensamiento, entristecido al ver que era la causa de esos estragos, rogó a Dios en el día de la Trinidad, que le quitara su perfume. Su plegaria fué acogida y perdió su perfume. Desde entonces, en muchos países, se le llama la Flor de la Trinidad. En Inglaterra se le da un nombre muy curioso: «Tres cabecitas en un mismo botete».

## El cuento del domingo



# La casa del viajante por A. FERNANDEZ ESCOBES

Tenía ya los muestrarios en consigna y estaba en «la cola», ante la ventanilla de los billetes, dispuesto a seguir su eterna ruta de judío errante, en lucha con las notas y con los clientes.

Acostumbrado al movimiento ajetreado de las estaciones, no concedía importancia al ambiente, ni siquiera se fijaba en esos tipos de siempre, que parecen ser propios de la estación ferroviaria: el señor que lleva un sinnúmero de maletas, el «ordinario» abrumado de paquetes y bultos, el soldadito que regresa al hogar, al hombro el hato de ropas entrecabeza le transportaba al fichero mental de los clientes, cuya visión cinematográfica aparecía en su mente. Fulano le haría buena nota; Mengano estaría un poco duro de pelar; en el último viaje había sido adelantado otro comisionista, al que hizo un pedido fuerte...

De súbito, el viajante, dióse un golpe en la frente, echó mano a su reloj y, sacándose de la fila, quedóse perplejo con

el quilométrico en la diestra y en la izquierda el reloj. Había recordado de pronto que en aquel viaje se olvidó de acudir a su casa, de pasar unos días al lado de los suyos.

—¡Cielos! —se dijo mentalmente—, ¡Si estoy en Barcelona y no he ido a ver a mi esposa ni a mis hijos! Abandonó la estación, tomó un «taxi» y dió orden de que se le condujera a su hogar. En el interior del coche, fué evocando su vida durante los quince días pasados en la Ciudad Condal. Su existencia fué... la de todos los días: visitar clientes, comer en la fonda, jugar al juego o al dominó, escribir a la casa enviando las notas... ¡La misma vida de siempre, la misma!

Y la misma población de siempre, que ahora se llamaba Barcelona y mañana se llamaría Motril, Pamplona, Bilbao o Llanes... ¿Qué importaba el nombre? Para él las poblaciones no tenían ni historia ni estructura; se componían simplemente de unas rayitas en su carnet de no-

tas: «Seguinto: Fonda la Rubia. Manuel Cerezo. Pedro Lanás: compra mucho, paga regular; cuidado. Eleuteria Rodríguez, viuda de López, buen cliente, compra mucho, paga bien; su marido debe de pasar en el cielo amargas vigilias.» Eso era una población que en otros libros, en los de historia, por ejemplo, ocuparía volúmenes y volúmenes. En otras, hasta tenía anotados el nombre de las calles e incluso el número de las tiendas, al lado del nombre de los con-pradores; pero eso era bien raro.

Barcelona, pues, en el plano eternamente igual de sus notas, no era otra cosa que unos cuantos nombres más y el número de las casas, tras la denominación de las calles.

Había regresado a Barcelona de regreso de su ruta semestral y, por atá-vismo se detuvo en ella como se detiene en las demás ciudades: Pero de súbito, al disponerse a partir, recordó que era en Barcelona donde él tenía un hogar, una esposa y unos hijos, a los que visita-

ha de seis en seis meses, para vivir con ellos uno días, bastante tristes por cierto.

La esposa le recibió con los brazos abiertos. Tres arrepietozos le miraban con ojos asombrados, avergonzados, amparándose en las sajas de la madre. El abrazó a la esposa, con cierto desprecio dirigiéndole; luego cogió en vilo a los pequeños y besó a dos de ellos; al tercero no se atrevió, porque tenía una «gripa» en las labios. Luego les dio unas monedas y se puso a abrir la maleta para regalar a su señora los terrones de azúcar que había recogido, durante su viaje, en los cafés, y unas galletas, restos de su último postre en la fonda pos-trera.

—Tomad, hijos míos—dijo la mujeruca—. Son galletas; os la trae papá. Los chicos miraron al recién llegado. El también los miró, ¡Qué extraño todo esto! ¡Qué extraña aquella palabra: papá!

Todo él se encontró de pronto sumergido en un baño de extrañeza, como presa de un náutico rónico y perturbador. ¡Su casa, su mujer, hijos míos, papá...! Todas estas palabras tenía para él un sentido extraño, desconocido y molesto; chocaban contra su cerebro y resbalaban por el frontal, repelidas, como si fuesen gotas de agua que cayeran sobre una plancha de hierro al rojo blanco. De momento se creyó víctima de una pesadilla caprichosa y moribunda, que le dejaba de todo lo suyo habitual y le sumía en una cueva oscura y plena de alucinaciones.

—Oye, mujer; pellizcarme en la cara... pellizcarme en la cara. La mujeruca, sonriendo con cierto rubor, le pellizó en las mejillas, con mimo femenino; más que pellizcos fueron caricias. El pareció despertar de su letargo perturbador. ¡Ah, sí! Era el papá de unos niños que nunca se lo llamaban; el esposo de una compañera a la que sólo amaba unos días al año; el huésped de su propia casa... ¡Qué extraño, qué extraño!

Poco a poco fué recordando, como quien despierta libertándose de la acción de un desvanecimiento o de una clorofornización.

Ochenta años antes había contratado matrimonio con aquella mujeruca dulce, a la que sólo veía unos días durante cada viaje. En plena luna de miel, había dejado en el hogar recién abierto, para

seguir su eterna ruta de vendedor. Ella cobraba directamente de la casa la mensualidad de él, para subvenir a las necesidades de su existencia. Seis meses después, al regresar, la mujeruca estaba mediana y se moría de tedio; pero al hallarse junto a él recibió la alegría y fueron felices unas horas, acaso una semana. Sin embargo, el viajante no supo encontrar en ello ese calor de hogar, se le presentaba como una aventura agradable, semejante a otras corrientes en sus viajes. Por eso al marcharse, en pos del negocio, apenas se apenó.

Al volver, su mujeruca tenía un pedreguño en los brazos.

—Es nuestro hijo, nuestro primer hijo. ¡Miralo qué hermoso!

Le pareció que aquella voz cantarina de la mujeruca sonaba a reconvencción. Pero era tanta la alegría que ella saboreaba, que no le dio importancia al asunto y, en fin de cuentas, alegróse de haberla hecho feliz. Al siguiente viaje, el infante ya no era el mismo. La mujer le aseguró que había crecido mucho, que pronto lo calzaría y que tenía toda la cara de él. Recordaba con detalle las noches molestas que hubo de pasar por aquel entonces. El chiquito berraba por las noches y su madre veíase en la precisión de acostarlo en el mismo lecho que ellos. Muchas veces, el viajante, al notar cierta humildad en las sábanas, despertaba dispuesto a llamar al fontista para quejarse de tal molestia; pero entonces sus ojos tropieaban con el rostro de su esposa; ésta, poniéndose el índice sobre los labios, le decía muy bajito:

—Calla. Ahora se ha quedado dormido y podrías despertar.

Y el viajante comprendía que no se hallaba en el cuarto de una fonda, sino en su hogar, al lado de su mujer y de su primer hijo.

Cada dos viajes, al principio, un nuevo infante lloraba en los brazos de la mujer. Al regreso de un viaje, encontró uno menos; pero dos viajes más tarde ya había otro. Finalmente ya no había más niños. Al entrar en su casa, encontrábase de no ver en los brazos extendidos de su compañera nuevos chiquillos llorones, a los que alegrar cosquilleándoles la barbilla y haciéndoles decir:

—A... a... a... a... a... a... a...

Pero se fué acostumbrando. Al fin sólo eran unos días. Cada viaje encontraba a los chiquillos crecidos, por lo que

dudaba muchas veces de que fueran los mismos que dejara el viaje anterior. No lograba fijar en su retina la fisonomía de ninguno, y cuando se quedaba con los rasgos de uno, al volver tenía que rectificarse.

—Oye, Raimunda—decía a veces a su mujer—: éste, ¿cuál es?

—Ramoncito, hombre; Ramoncito—contestaba la madre con un reproche alegre, para discutir después.

—Claro: ha crecido tanto, que ya no le conoces... No creas, lo mismo les ocurre a los vecinos. El otro día el tendero me lo decía: «¿Cuánto crece este arrapiezo! ¿A quién ha salido?... Claro: como el tendero no te conoce...»

¡Sí; era cierto también! el tendero no le conocía; ni el del pan, ni el del vino, ni el casero, ni el empleado de la Compañía eléctrica que venía cada dos meses a tomar el número del contador... Nadie, nadie. En su casa no le conocía nadie, a pesar de que todos conocían a su esposa por «la mujer del viajante». Lo mismo le sucedía a él con los hijos, con la casa, con la mujer... Casi siempre, al volver, lo hallaba todo distinto: los chicos cambiaban continuamente de fisonomía, de tamaño, de manera de hablar. El rostro de la mujer adquiría detalles ignorados: una vez notaba en ella un pequeño lunar junto a la oreja izquierda; otra, descubría su nariz llena de «barros»; otra, advertía entre el cabello negro unas canas que pugaban por sobresalir... Los muebles también variaban; notaba en el hogar la falta de cosas que él había comprado al unirse en matrimonio... ¡Siempre cambiado aquel hogar, sin calor de padre!

—¡Aguella sillera de rejilla—le explicaba su mujer—, la vendí para comprar esta de enea. Es más fuerte. Los chicos se encaramaban de rodillas en las sillas y las destrocaban...

—Oye, ¡y aquel retrato!

—¿No te acuerdas? ¡De nuestro pobre Felipín, que en gloria esté!

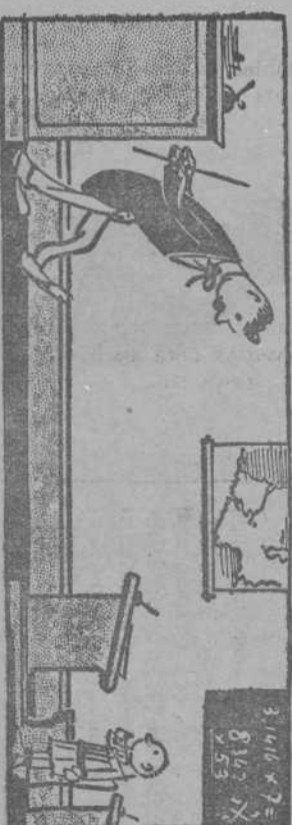
—¡Ah, sí!—disculpábase él. Pero no se acordaba de Felipín; había borrado la imagen y hasta el recuerdo del hijo que echó en falta en uno de sus viajes.

Los tres niños se pasaban las horas muertas contemplándole fijamente, con aire colibido, asustados y vergonzosos. Parecían haberse olvidado de aquel señor que venía a hacerles una visita semanal cada seis meses y les privaba de muchas libertades consentidas por la

ROMPECABEZAS



Un lobo se ha presentado ¿Dónde está?



—¿Cuál es el animal más adicto al hombre? —La sanguijuela.



Entre amigos :  
—Chico, tú eres mi mejor amigo!  
—Entonces, si tuvieras dos caballos, ¿me darías uno?  
—Sin duda alguna.  
—Y si tuvieras dos casas, ¿me darías una también?  
—Con el mayor gusto!  
—Y si tuvieras dos gallinas, ¿me darías una?  
—¡Ah, eso sí que no!  
—¿Por qué aquello sí y esto no?  
—Porque las gallinas las tengo.

A las doce de la noche, un muchacho se detiene debajo de un farol, y se pone a buscar algo por el suelo. Un vigilante nocturno se acerca a él y le dice:  
—¿Ha perdido usted algo?  
—La llave. La he perdido en la calle del Hospital.  
—Pues, ¿cómo la busca usted aquí y no allá?  
—Porque... aquí hay mucha más luz que allá.

—¿Qué te ocurre, pequeño?  
—Que hoy tenemos arroz con leche de postre, que me gusta con delirio.  
—¿Y por eso lloras?  
—Es que me he perdido y no sé ir a mi casa.



El invitado—Siete y ocho, cuanto hacen! Manolín—Diez y siete. La mamá—No ponga usted esta cara, que el pobre no se ha equivocado más que de uno.